

DOMINGO II DE ADVIENTO (CICLO A)

La semana pasada empezó el Adviento y, con él, empezábamos un nuevo año litúrgico.

San Pablo nos decía: «Daos cuenta del momento en que vivís». Eso es, precisamente, lo que la Iglesia pretende al organizar el tiempo de las celebraciones: que caigamos en la cuenta de cómo Dios provee nuestra salvación y nos invita a participar de su plan. Es lo que llamamos Historia de la Salvación. Efectivamente: la celebración litúrgica impide que imaginemos la obra de la salvación como algo que aconteció en un pasado mítico y que sólo nos es dado recordar. Bien al contrario, la liturgia se celebra en presente, con referencia al «hoy» del actuar divino.

Comenzado ya este tiempo de esperanza, alguno puede argumentar que cada año escuchamos las mismas palabras y que las lecturas se repiten constantemente. Eso, sin embargo, sólo es verdad para el que no ha entrado en diálogo con Dios. Cuando leo un texto de la Escritura, si este no me sugiere nada nuevo, si mi corazón no se siente conmovido de una forma especial, entonces lo que sucede es que Dios está aún esperando que yo entre en conversación con Él.

Las lecturas de hoy mueven a la esperanza verdadera, es decir, no recortada por prejuicios ni amortiguada por la medida humana, sino abierta a la acción poderosa de Dios.

Es la llamada a la conversión que escuchamos de labios de Juan Bautista. Fijémonos en que «la voz que grita en el desierto» nos alerta sobre un peligro: pensar que por ser hijos de Dios ya lo tenemos todo asegurado. Las palabras del Bautista, con las imágenes amenazantes, nos enseñan a darnos cuenta de que quien viene es tan grande que vale la pena hacerlo todo para recibirlo. Eso significa la conversión.

Reducir la llamada de este Adviento a una serie de prácticas o a un simple recordatorio que no acabe por transformar nuestra vida, sería desperdiciar un momento de gracia.

Convertirse supone girarse por completo hacia Dios y empezar a vislumbrar, a través de un camino que ha de ser desbrozado por la penitencia y por la gracia, la poderosa visión que nos permite ver nuestro mundo de una forma transfigurada.

De ahí el grito del Bautista: «Dad el fruto que pide la conversión».

La Virgen María y San José nos enseñarán a vivir la confianza en Dios, con las que queremos continuar viviendo este tiempo de esperanza.